

# Diócesis Málaga

Diseñamos juntos el

## PLAN PASTORAL



+ ASAMBLEA<sup>+</sup>  
DIÓCESANA

# COMENZAMOS EL CAMINO...

## HACIA LA REDACCIÓN DEL PLAN PASTORAL

### I. Fundamentación teológica

#### 1. Un plan pastoral para nuestra Diócesis de Málaga

Cuando Jesús confió a la Iglesia la misión de anunciar el Evangelio, también nos señaló el camino que debemos seguir hasta el final de los tiempos, contando siempre con su presencia y con su gracia. Como recordó san Juan Pablo II: «No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste» (NMI 29).

Ahora bien, aunque el centro de nuestra misión es siempre el mismo, es importante que sepamos responder a las circunstancias concretas de nuestro tiempo. Conociendo nuestras posibilidades, pero también nuestras limitaciones, resulta conveniente elaborar un plan pastoral diocesano en el que participe todo el Pueblo de Dios. Este plan debe ayudarnos a concretar objetivos, métodos de trabajo, propuestas de formación y medios adecuados para que el anuncio de Jesucristo llegue realmente a las personas, fortalezca nuestras comunidades y deje una huella positiva en la sociedad y en la cultura a través del testimonio de los valores del Evangelio.

Contar con un plan pastoral puede ayudarnos a orientar mejor nuestros esfuerzos evangelizadores. Así evitaremos que la acción

misionera y pastoral de nuestras parroquias, movimientos y comunidades dependa únicamente de iniciativas aisladas o de costumbres heredadas que quizá ya no responden a las necesidades actuales.

En este momento hay dos razones principales que justifican la elaboración de un plan pastoral para nuestra Diócesis:

**a)** En primer lugar, queremos responder desde el Evangelio a los numerosos desafíos que presenta el mundo actual. Vivimos en una época marcada por la inteligencia artificial, el predominio de las emociones, las nuevas búsquedas espirituales y la aparición de sociedades cada vez más cerradas y excluyentes. Las enseñanzas recientes de los papas, especialmente en documentos como *Laudato si'*, *Fratelli tutti* y *Magnifica humanitas*, pueden ayudarnos a situarnos ante estos retos de una manera responsable, valiente y profundamente cristiana.

**b)** En segundo lugar, la elaboración de un plan pastoral nos ayuda a expresar y hacer realidad la unidad de misión de toda la Iglesia. Aunque existan diferentes vocaciones, servicios y carismas, todos compartimos la misma tarea evangelizadora y estamos llamados a caminar juntos en ella.

## **2. Pueblo de Dios en camino**

Un plan pastoral que se quede solamente escrito en un documento no sirve de mucho. Para que cumpla su finalidad, debe ser acogido por las personas, asumido por las comunidades y vivido por toda la Iglesia diocesana. Debe nacer de la participación de todo el Pueblo de Dios y convertirse en una expresión concreta de nuestro deseo de caminar juntos.

Por eso, antes de redactar unas líneas de acción para el futuro, necesitamos escuchar. Escuchar al Espíritu Santo, que guía siempre a la Iglesia, y escucharnos también unos a otros, manteniéndonos vigilantes para atisbar los signos de los tiempos (cf. Mt 16,2-3; ES 19). Entendemos por signos de los tiempos los acontecimientos y realidades significativas de cada época en los que podemos vislumbrar la voluntad de Dios.

Este es un aprendizaje que debemos seguir realizando. Estamos llamados a hacer de la sinodalidad una forma habitual de vivir la vida de la Iglesia. Caminar juntos no es simplemente un método de trabajo, sino una manera de fortalecer la comunión entre nosotros y de realizar unidos la misión que el Señor nos ha confiado.

Por esta razón, el plan pastoral que elaboraremos no debe entenderse como un documento cerrado o definitivo. Una vez redactado, tendremos que seguir atentos a la voz del Espíritu Santo, abiertos a la conversión y dispuestos a buscar continuamente los mejores caminos para crecer como Iglesia. Queremos avanzar en la experiencia de ser una Iglesia donde todos tengan cabida, una Iglesia de todos, todos, todos.

### **3. Algunos principios y actitudes**

Como nos recuerda san Juan Pablo II, antes de preocuparnos por el «hacer» debemos cuidar el «ser» (NMI 15). Por eso, hay algunos principios y actitudes fundamentales que nacen de lo que somos como Iglesia: comunidad nacida del corazón de Dios, llamada a vivir en comunión y a cumplir una misión.

#### **a) El misterio de la salvación**

En primer lugar, debemos recordar que la Iglesia tiene una dimen-

sión profundamente divina. No es simplemente una organización humana, sino que Dios actúa en ella y por medio de ella. Por eso, la Iglesia está presente en el mundo como «sacramento universal de salvación» (LG 48), es decir, como signo e instrumento a través del cual Dios quiere ofrecer su salvación a toda la humanidad.

Esta salvación, que esperamos con confianza mientras caminamos por la vida (cf. Rm 8,24), se concreta en una llamada a la santidad (cf. 1 Pe 1,15-16). La santidad nace de nuestra unión con Cristo y se expresa en la vivencia de las bienaventuranzas y en las obras de misericordia. Si no existe un deseo sincero de responder a esta vocación a la santidad, cualquier proyecto o iniciativa pastoral corre el riesgo de quedarse sin verdadero fundamento y de resultar poco eficaz.

Una actitud que brota de esta llamada a la santidad es vivir con un realismo lleno de esperanza. La Iglesia no está formada por personas perfectas. Como enseña el Concilio Vaticano II, acoge en su seno a personas pecadoras y, por ello, aunque es santa, necesita continuamente purificarse, convertirse y renovarse (cf. LG 8).

La tarea de evangelizar encuentra muchas dificultades, tanto dentro como fuera de la propia Iglesia. Debemos afrontar estas situaciones sin ser ingenuos, pero también sin desánimo, con la serenidad que nace de la fe. Es importante reconocer que algunas personas acogen con interés el mensaje del Evangelio, mientras que otras muestran indiferencia o resistencia. La parábola del sembrador nos ayuda a comprender esta realidad permanente de la evangelización: la semilla que se siembra es buena, pero los frutos dependen de cómo cada persona la recibe en su corazón (cf. Mt 13,3-23).

## b) Caminar en comunión

En segundo lugar, la Iglesia es un misterio de comunión. En los últimos años hemos tomado una mayor conciencia de lo que esto significa en la práctica. La comunión se expresa especialmente en el estilo sinodal, que impulsa la participación de todos los miembros del Pueblo de Dios, cada uno desde su propia vocación, ministerio, servicio o carisma, compartiendo la responsabilidad de la misión común.

Una actitud que nace de esta realidad de la comunión, que es al mismo tiempo un regalo de Dios y una responsabilidad para todos, es el diálogo. No debemos entender el diálogo como una simple estrategia o una técnica para alcanzar acuerdos. El diálogo forma parte de la vocación profunda de toda persona humana, llamada desde su nacimiento a entrar en relación con Dios (cf. GS 19).

Incluso la propia revelación puede entenderse como un diálogo, porque Dios toma la iniciativa y busca la respuesta libre de fe y amor de cada persona. De la misma manera, la relación de la Iglesia con la sociedad debe desarrollarse en clave de diálogo.

Para que este diálogo sea verdaderamente constructivo necesita algunas actitudes fundamentales: hablar con claridad, tratar a los demás con amabilidad, generar confianza, actuar con prudencia y paciencia, y mantener siempre la disposición de dejarse cuestionar y aprender de los demás. Cuando el diálogo se vive de esta manera, se unen la verdad y la caridad, la inteligencia y el amor (cf. ES 38).

Este diálogo resulta especialmente necesario dentro de la propia

Iglesia, sobre todo cuando queremos caminar juntos y buscar caminos comunes. En este sentido, la llamada «conversación en el Espíritu» puede seguir siendo una herramienta muy valiosa. Nos ayuda a superar prejuicios, acercar posturas y fortalecer la unidad, poniéndonos juntos a la escucha de lo que el Señor quiere decirnos.

### **c) Enviados a anunciar el Evangelio**

La Iglesia es una comunidad llamada a vivir la comunión, pero también una comunidad enviada a la misión. Ambas realidades van unidas. Por eso se dice que la Iglesia es una «comunión misionera» (CL 32). Su razón de ser es anunciar el Evangelio y llevar la Buena Noticia de Jesucristo a todos los hombres y mujeres (cf. EN 14).

En nuestro tiempo, además, estamos llamados a vivir una nueva etapa evangelizadora (cf. EG 1). Esto supone asumir el desafío de ser una Iglesia en salida, una Iglesia que no se encierra en sí misma, sino que sale al encuentro de las personas allí donde se encuentran (cf. EG 20-24), impulsada por el deseo misionero de que el Evangelio llegue a todos (cf. EG 31).

Son muchas las personas que viven situaciones de soledad, sufrimiento, incertidumbre o alejamiento de la fe. Son las llamadas periferias existenciales, lugares y realidades que esperan recibir la luz, la esperanza y la fuerza transformadora del Evangelio de Jesucristo.

En este camino misionero podemos avanzar con confianza. No se trata de una confianza basada únicamente en nuestras fuerzas o capacidades, sino de esa otra confianza que nace de la fe. Como

nos recordó el papa Francisco, la fe va descubriendo el camino a medida que se pone en marcha y se deja guiar por la Palabra de Dios (cf. LF 9).

Por eso, no debemos esperar a tener todas las respuestas ni a conocer con seguridad cada paso que habrá que dar en el futuro. Estamos llamados a caminar con confianza, atentos a las señales que Dios nos irá mostrando. Para ello hemos de escuchar la Sagrada Escritura, prestar atención al testimonio de nuestros hermanos y hermanas en la fe, aprender de las personas empobrecidas y mantenernos abiertos a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

#### 4. Conversión pastoral

Finalmente, la elaboración y la puesta en marcha de un plan pastoral debe ayudarnos a vivir la necesaria conversión pastoral a la que la Iglesia está llamada en nuestro tiempo (cf. EG 25-33).

Esta conversión exige una auténtica opción misionera, capaz de renovar todo aquello que forma parte de la vida de la Iglesia. Se trata de revisar nuestras costumbres, nuestros estilos de trabajo, nuestros horarios, nuestro lenguaje y nuestras estructuras para que estén verdaderamente al servicio de la evangelización y no se conviertan simplemente en medios para conservar lo que ya existe (cf. EG 27).

Sin embargo, esta renovación no será posible si antes no existe una conversión más profunda: una conversión espiritual y también social. Necesitamos alejarnos de toda forma de mundanidad, es decir, de aquellas actitudes que nos llevan a vivir como si Dios no contara, como si los pobres no existieran, como si los demás no importaran o como si no tuviéramos la responsabilidad de anunciar

el Evangelio a quienes todavía no lo conocen (cf. EG 80).

Por eso, la primera conversión que necesitamos es una conversión de la mente y del corazón. Solo cuando cambie nuestra manera de pensar, de sentir y de actuar podremos esperar también una verdadera renovación de nuestras estructuras y formas de organización.

Dentro de este proceso ocupa un lugar muy importante la renovación de la parroquia. La parroquia está llamada a ser una comunidad viva, formada por muchas comunidades y grupos, un lugar donde las personas encuentren alimento espiritual para continuar su camino de fe y un centro desde el que se impulse constantemente la misión (cf. EG 28).

Las parroquias no son instituciones anticuadas ni destinadas a desaparecer. Al contrario, están llamadas a acercarse cada vez más a las personas, a ser espacios reales de comunión y participación y a orientarse plenamente hacia la misión. Para ello, deben evitar cualquier actitud de autosuficiencia y aprender a colaborar entre sí y con otras realidades eclesiales, fortaleciendo así la comunión de toda la Iglesia diocesana.

Esta conversión pastoral afecta también a las comunidades de base, los pequeños grupos cristianos, los movimientos y las diversas asociaciones eclesiales. Todos ellos están llamados a integrarse de buen grado en la acción pastoral común de la diócesis. Esta integración ayuda a vivir la riqueza completa del Evangelio y de la Iglesia, evitando el riesgo de aislarse o de caminar sin una verdadera vinculación a la comunidad eclesial (cf. EG 29).

En definitiva, todas las instituciones y realidades de la Iglesia están llamadas a renovarse desde una clara orientación misionera, respondiendo con generosidad a los desafíos y necesidades de nuestro tiempo.

## II. Calendario orientativo

Siguiendo los principios que hemos presentado anteriormente y teniendo especialmente presentes las enseñanzas que el papa León nos ha dejado durante su reciente visita a España, nos proponemos elaborar, a lo largo de los próximos dos años, un Plan Pastoral que sirva de guía para la misión evangelizadora de nuestra Diócesis durante los cinco años siguientes.

Aunque todavía no contamos con una planificación detallada de todo el proceso, presentamos a continuación un calendario orientativo que nos ayudará a situarnos. Se trata de una propuesta inicial que podrá ir adaptándose y concretándose a medida que avancemos en el trabajo.

### 1. Verano de 2026

Preparación y organización práctica del proceso de elaboración del Plan Pastoral para el curso 2026-2027, por parte de la Comisión Permanente del Consejo Pastoral Diocesano.

### 2. Curso 2026-2027

- Acercamiento a la realidad actual de la provincia de Málaga y de Melilla, prestando atención a los aspectos demográficos, sociales y culturales que caracterizan a la sociedad en la que vivimos.
- Análisis de la situación presente de nuestra Diócesis y reflexión sobre su posible evolución a corto plazo, teniendo en cuenta la realidad del clero, la vida consagrada y los fieles laicos.

- Profundización en la comprensión de la Iglesia como una comunidad unida en la comunión y enviada a la misión.
- Definición de la estructura general del Plan Pastoral, identificando los ámbitos prioritarios en los que queremos centrar nuestra atención y nuestros esfuerzos: el primer anuncio del Evangelio y la catequesis, la liturgia, la acción caritativa y social, el mundo del trabajo y la participación en la vida pública, la educación y la cultura, el cuidado de las personas más vulnerables y de la creación, así como el acompañamiento de quienes se encuentran alejados de la vida de la Iglesia, entre otros.

### **3. Curso 2027-2028**

- Identificación y estudio de las estrategias pastorales que mejor respondan a la realidad actual y a los desafíos que tenemos por delante.
- Redacción del Plan Pastoral siguiendo la estructura y las prioridades definidas durante el curso anterior.
- Concreción de los medios y modos de acompañamiento, seguimiento y animación que faciliten la puesta en práctica del Plan Pastoral en toda la Diócesis.